

Barros Arana, Historiador <sup>(1)</sup>

VIII

LA INICIACION DEL ESCRITOR

(1848-1850)

Con la instrucción institutana del hijo, el padre no se manifestó insatisfecho. Antes de mucho, pudo compararla con la que se daba en otras partes fuera de Chile y apreciar la superioridad de la que había recibido el joven. Desde Santiago le escribía el 30 de diciembre de 1850 para decirle: —“Te incluyo un cuadernito de un estudiante de Córdoba —(Argentina)—, el que me mandan como una prueba de los adelantos que ha hecho un alumno en seis años de estudio, y me figuro que cualquiera lo pudiera haber hecho aquí en seis días”. El padre, sin embargo, bastante inteligente y observador de las aptitudes intelectuales del futuro escritor, al retirarlo en marzo de 1850 de los estudios de leyes, había comprendido que en ellos no estaba el porvenir del muchacho. Dos factores los contrariaban seriamente. Era uno, la pobreza fisiológica de su contextura. Le era difícil resistir el régimen interno de vida establecido en el Instituto. Era el otro, la desordenada curiosidad intelectual del joven. Esta llevábalo a buscar en cauces más amplios la formación de su cultura. Todavía naturalmente no había encontrado su verdadera orientación. Pero la precocidad lo destacaba

(1) Véase *Anales*, primer y segundo trimestre de este año, números 109-110.

en el conjunto de los compañeros. A veces, obraba como un rebelde. Discutía los beneficios de la enseñanza con un criterio opuesto a lo que ella prometía como una panacea capaz de proporcionar sabiduría y conducir las inteligencias. En las clases de gramática le habían enseñado que para escribir bien, era necesario conocer y tener muy presente sus reglas.

*Rebeldías contra las reglas del arte de escribir.*—El muchacho no pensaba así. Anotó a los diez y siete años en un papel: —“*Objeciones contra las reglas para escribir.* 1.<sup>a</sup> No son necesarias para escribir bien. 2.<sup>a</sup> Muchos hay que, a pesar de las reglas, no pueden hacerlo. 3.<sup>a</sup> Coartan la imaginación y el ingenio. 4.<sup>a</sup> Algunos poetas sin conocerlas han hecho obras inmortales. 5.<sup>a</sup> Estas reglas pueden variarse al antojo del autor”.

Siempre le costó escribir. El caso es curioso, porque fué la suya una inteligencia agudísima, penetrante, incisiva. Tener un estilo como él lo deseaba, sencillo, claro y elegante, fué un sacrificio. La imaginación tampoco se la dió la naturaleza. En 1857, le decía a su buen amigo el argentino Juan María Gutiérrez, que en otro tiempo había sido el mentor de sus lecturas de obras clásicas: —“no tengo gran facilidad de redacción, ni mucha confianza en mí mismo para escribir de carrera”. La constancia en el manejo de la pluma lo hizo dueño de la sobriedad estilística a que aspiró para narrar historias, componer textos didácticos y ser crítico literario.

*Poeta.*—Pero fué un fácil versificador. Ni haya que pensar que tuvo vuelo. Fué intencionadamente satírico. No tienen este carácter los primeros versos moceriles de los diez y seis años. Son puramente románticos. He aquí éstos inéditos que nada agregan a su fama literaria:

¡Cuánto deploro yo mi triste suerte!  
 Vivir amando vuestros ojos bellos  
 Cuando conozco que la misma muerte  
 Estoy bebiendo, trago a trago, en ellos.  
 Y una desgracia por demás amarga  
 Mi corazón con su dolor aqueja  
 Y es esa horrible tormentosa carga  
 Que de su lado sin cesar me aleja.  
 Pues lo que yo deseo, lo que quiero  
 Es respirar ese aire embalsamado  
 Que se desliza suave, placentero  
 Por entre vuestro labio nacarado.  
 Mas del destino rudo la pujanza  
 Del bien más suspirado me retira  
 Y vos queréis tener en la esperanza  
 Mi corazón que del dolor expira.

*Ensueños poéticos.*—Solía otras veces trasladar a la prosa los ensueños radiantes y luminosos de una adolescencia que se extinguía para dar paso a una juventud confusa en sus deseos, en los cuales la mujer es ya un tormento. Escribió *Mi primer amor*. Dice en esta página también inédita: —“Para todos el amor no ha sido más que una mezcla de encantos y de angustias: el mío se ha dejado ver como una estrella luminosa que fija en un rincón de mi pecho lanzaba su resplandor sobre todo él. Su luz me ha dejado ver mil cosas hasta entonces ignoradas. Jamás había supuesto que existiera en mí tanto fondo de sensibilidad ni que fuera permitido aproximarme tanto al bello ideal, y todo se ha hecho gracias a tu benéfica luz, astro de amor!

“¿Tu brillo será siempre puro? ¿Nunca deberá eclipsarse? Hasta ahora sólo lo ha sido por una que otra ligera nube que suspendía tu fulgor por un instante para que pronto te ostentaras más radiante que nunca.

“Y tú, joven celestial, cuya mano prolija ha hecho brotar la flor de la esperanza en un pecho tan árido como el desierto, ¡cuán lejos estoy de poder darte a conocer! ¡Cómo podría explicar ese no sé qué de angélico que forma tu naturaleza! ¿O transmitir con palabras ese grato temblor que agita mis nervios cuando nuestras miradas se encuentran?”

“¡Feliz, mil veces, el mortal que puede libar en vuestros labios de néctar las primicias de vuestro amor celestial, M.! ¡Oh! Sí, ese será tan feliz como yo desdichado. No me será permitido más que mirarnos de lejos. El destino ha interpuesto una mano inexorable entre nosotros. ¿Quién podría unir el fúnebre ciprés a la aromática rosa?”

¿Año? 1847. Diez y siete lindas primaveras. No hay nada que agregar. ¿Para qué referirse al estado emotivo y sentimental del joven en plena época romántica? Pero en el pliego de papel que contiene esta declaración íntima, hay copiadas, en francés, encendidas estrofas de amor de Beranger, de Musset y de Heine.

*El idioma inglés.*—Dominaba ese idioma. ¿Lo había aprendido en el Instituto? ¿Era el resultado de la constancia? El inglés fué el fruto de su voluntad. El 20 de marzo de 1851 le decía a su entrañable amigo Gutiérrez: —“mis multiplicadas atenciones, de las cuales no es la menor el estudio del inglés, que me quita seis horas por día...” El padre le había puesto a su disposición un profesor para su estudio. “Después que tú te fuistes —le dice desde Santiago el 16 de octubre de 1852— me preguntó Richard si seguías en el inglés y le contesté que sí, y que para que no se perjudicase, corría el tiempo que tú estuvieras ausente: por consiguiente esperamos tu vuelta, y todo se allanará”. A su hermano le escribía cartas en las que incorporaba frases en este idioma. Lo hacía para ensayarse en su manejo. En 1849, José le escribía: —“Otra vez que se te ocurra poner acápites en inglés, anda anotando al pie, por-

que, a decir verdad, es muy poco lo que entiendo”.

*Años de indecisión. Las bellas artes.*— Son estos años de indecisión. Se encuentra aún en la búsqueda del propio destino intelectual. ¿Le aburrió el colegio? Sentía pasión por el arte. La sociedad santiaguina estaba afectada por el snobismo artístico. Se había fundado en 1842 la Escuela de Bellas Artes. Cicarelli, Monvoisin, Mochi y Rugendas, daban a conocer sus telas y dibujos. Los patrios, agricultores de la rancia aristocracia, comenzaron a retratarse. En seguida, sus mujeres y sus hijos fueron trasladados al lienzo. Quedó en esas telas el genio de una oligarquía y también fué representada la belleza de mujeres extraordinarias y de hombres de una suprema distinción. Francisco Mandiola y Ramírez Rosales fueron discípulos de aquellos maestros y continuaron retratando una sociedad que comenzaba a europeizarse a impulsos de los vientos del romanticismo. El teatro, la música, el canto, la ópera, despertaban entusiasmo. Había un lenguaje romántico y una postura romántica. Barros Arana había demostrado condiciones singularmente especiales para el dibujo, para el arte pictórico. Tenía gusto por él y fué siempre un entendido en pintura. Dibujaba a la perfección. La caricatura era su preferencia. Un pariente suyo, José Luis Borgoño, profesor de dibujo, lo empujaba a enrolarse en la carrera del arte pictórico. Pero fué seducido por otra forma de la expresión artística. Un poco industrial, sin duda. Vacilaciones del muchacho. Giorgi, el escenógrafo teatral, tan pintorescamente evocado por Pérez Rosales con satírica crueldad y tan enaltecido por el argentino Tomás Frías en sus absurdas críticas teatrales, acababa de llegar a Santiago. Barros Arana concurría asiduamente a la confección de los telones y admiró la facilidad de la técnica, primorosa a su juicio, para representar escenas y motivos. Quiso ser pintor, dibujante, escenógrafo. En resumen, artista. En su hogar, la elección sonó a escándalo. Un pintor por esos días, cuando recién

el gusto artístico tomaba apenas cierto rango, pareció al padre y a la familia, que era convertirse en artesano poco más o menos. Era romper con demasiada violencia con las tradiciones que se respetaban en la casa.

El 17 de diciembre de 1853, escribía en su periódico *El Museo* un artículo intitulado *Bellas Artes*, en el que trazó el cuadro del desarrollo artístico de Santiago. “Las bellas artes —decía— han contribuído con sus preciosos dones al impulso del progreso que nos rodea. La pintura, la escultura, la arquitectura y la música eran casi desconocidas en el país algunos años atrás. Malos borrones eran nuestros cuadros, pobres casuchas nuestros edificios y no sabíamos apreciar un busto ni gustar del lenguaje de infinitas armonías de Rossini y Meyerbeer. Hoy poseemos y apreciamos trabajos artísticos de un mérito distinguido en todos estos ramos. El arribo a Chile de M. Monvoisin, señala la época del nacimiento del gusto por la pintura entre nosotros. Sus hermosísimos cuadros, tan llenos de imaginación y propiedad, dieron aliento a los primeros aficionados y despertaron la admiración por el arte divino de Rafael y Rubens. Comenzáronse a hacer hermosos retratos, a apreciarse debidamente los buenos pintores y muchos de nuestros jóvenes quisieron manejar el pincel que tan prodigioso y magnífico se ostentaba en las diestras manos del hábil pintor. Los primeros discípulos de M. de Monvoisin se hicieron notar antes de mucho tiempo por distinguidas dotes artísticas. Mlle. Filleul, discípula aprovechada de Monvoisin, ha revelado en varios retratos muchas de las cualidades de su eminente profesor. El señor Ciccarelli, llamado a Chile por nuestro gobierno a presidir la Escuela de Pintura, forma la segunda escala del incremento del arte entre nosotros. Sus trabajos abundan en expresivo colorido y en un conocimiento perfecto de las reglas del arte. Su pincel ha dado ya ocho cuadros a la Galería Nacional de la República: son estos los retratos de Colón, Valdivia, don García Hurtado de Mendoza, el Toqui Caupoli-

cán, don Pedro Cortés, el poeta Ercilla, el general San Martín y los jesuitas Lacunza y Molina. Sus discípulos han hecho rápidos progresos en el dibujo preparatorio bajo su dirección.

“Al hablar de las Bellas Artes en Chile, se hace preciso recordar el nombre de M. Desmadryl, pintor distinguido y grabador de nota, maneja el lápiz litográfico con la maestría de Julián, Maurin y Lemerrier. Sus retratos se distinguen por la expresión fisonómica, sus grabados por la excesiva finura de su buril y sus litografías por el acertado empleo de las sombras y claros. El retrato del señor Arzobispo de Santiago y del señor Bello bastarían para hacer su gloria. Los billetes de banco que ha grabado en acero para la Casa de Moneda, son un trabajo de acabada delicadeza y perfección que habría recibido aplausos en la misma Europa. Las litografías que acompañan a la *Galería Nacional* de biografías que publica en la actualidad, han contribuido poderosamente a aumentar el aprecio que se hace de la obra. De su lápiz son los buenos retratos litográficos que conocemos en el país: entre éstos ha dado últimamente los del Ministro Rengifo, Mitre y Lavalle. De sus manos han salido también un mapa de la provincia de Coquimbo, para servir a un informe sobre el ferrocarril del ingeniero Campbell, y una carta de los lugares y alrededores de Santiago. Tenemos, además, otros dos talleres de litografía en el país: el acreditado establecimiento de M. Lebas en Valparaíso y el de M. Gillet en Santiago.

“Recientemente comienza a tener admiradores el arte magnífico de Cellini y Canova. El busto en yeso de don Pedro Palazuelos hecho por el señor Ciccarelli llamó la atención hacia este arte, y el arribo del señor Chelli con el suntuosísimo altar de mármol, que ha traído para la iglesia de la Recoleta Dominica, y algunas estatuas de exquisito gusto, ha dado a conocer la importancia y valor de la escultura. Uno de los discípulos de Ciccarelli ha hecho admirables adelantos.

M. Brunet de Baines es el introductor de la buena arquitectura entre nosotros. Sus edificios se distinguen por la armonía de sus diversas partes y la exquisita elegancia con que sabe revestirlos: en ellos hay gusto y genio artístico hasta en los detalles más insignificantes. El ha sabido formar en la *Galería del Comercio*, un monumento indestructible que conservará su nombre mientras se mantenga en pie, y en el teatro de la Municipalidad, cuya primera piedra se pondrá el 18 de septiembre, creará el más bello trabajo arquitectónico de la capital. Sus obras han sido imitadas con feliz acierto.

“Hace pocos años ha que desconocíamos casi completamente las bellezas del arte lírico. La música que poseíamos alcanzaba muy poco más allá de un *paso doble* de mal gusto, cuyo prestigio no podían borrar las lecciones de algunos buenos maestros. La ópera, el Conservatorio de Música, los modelos de M. Barré, M. Desjardins y otros hábiles artistas, y las visitas que nos han hecho Sivori, Herz, Lubeck, Coenen y Miss Hayes, han desarrollado la afición por la música. Los recuerdos de los tres últimos son recientes. El piano de Lubeck, el violín de Coenen y el canto de Miss Hayes han sido las más agradables distracciones del año de 1853. La melancólica y vaporosa poesía del primero y la potente y variada gravedad del segundo, fueron aplaudidas ardorosamente. La delicada maestría y la exquisita habilidad de Miss Hayes, que indemnizan con usura las pequeñísimas faltas de dotes naturales, recibieron los más elevados homenajes de admiración y aplauso. La afición del gusto y la afición por el arte de las melodías, han avanzado muy poco en las composiciones musicales originales, pero la ejecución de las producciones europeas es casi siempre artística. Esta misma carencia de originalidad se nota en todas las ramificaciones del arte. Nada se crea: nuestros trabajos son imitaciones, pero no de la naturaleza, sino de modelos más o menos acabados. Las bellas artes son de ayer en el país; se las cultiva con gran afición y

poco estudio. "Cultivar las artes, ha dicho Keratry, es imitar: la naturaleza nos rodea de modelos, lo esencial es escogerlos. Si esto es verdad, pocos pueblos de la tierra tienen más hermosos modelos que el nuestro. La nevada cordillera de montañas inmensas, nuestras selvas y florestas regadas de correntosos ríos, y un mar tranquilo, forman una buena parte de los elementos que pueden exigirse. Falta sí el desarrollo que debe dar el tiempo y el estudio, porque somos todavía novicios en la carrera artística. Mucho tenemos que esperar del porvenir en las artes y las letras: cuarenta años atrás no éramos nada ante el mundo, y hoy nos llamamos *chilenos* con dignidad y orgullo. Dios vela por la República: la felicidad preside los pasos de ésta: trabajemos con fe y confianza".

*Nuevas poesías.*—Siguió versificando. Hizo poesías y las publicó hasta los veintitrés años, en que se convenció que no era poeta. Los epigramas, recuerdo de su trato con Marcial en la clase de latín del Instituto, las charadas, las cuartetos punzantes, las versainas bufas, brotaron anónimamente de su pluma hasta los últimos años para denotar al enemigo. A veces, publicaba en los periódicos estas expansiones de su ingenio para echar leña a la hoguera política desde la oposición en que casi siempre se encontró. En *El País* y en *La Actualidad*, diarios que costó y redactó, dió a luz, sin firma, muchos versos de este género. ¿Se sintió poeta de verdad en los años mozos? En *El Museo. Periódico científico y literario*, que comenzó a publicar en diciembre de 1853, Barros Arana ocupó esas páginas con sus versos. No son muchos. Consagró un soneto a Guillermo Matta en su cumpleaños. Lleva la firma de *Los empleados de la imprenta*, y dice:

El libro de la vida os abre ahora  
Una página nueva; quiera el cielo  
Las sombras del dolor y el desconsuelo  
De ella apartar con mano bienhechora.  
Luzca brillante el sol de vuestra aurora  
Sin que lo enlute nebuloso velo;  
Y de la vida de este triste suelo

Los bienes y esperanzas que atesora.  
Felices, muy felices nos creeremos  
Si las dichas sus bienes os presenta,  
Si coronada vuestra frente vemos  
Con los laureles que la gloria ostenta.  
Estos los votos son, que al cielo hacemos  
Los cajistas y empleados de la imprenta.

Manuel Blanco Cuartín, colaborador de *El Museo*, había consagrado a Barros Arana una poesía satírica intitulada *La Vida*, que comenzaba incitándolo a definirla. Le decía:

Unos dicen que la vida  
Corre alegre y presurosa,  
Y otros muchos que es morosa  
Y amarga como la hiel.  
Estos nos cuentan sus penas  
Sus lloros y sus quebrantos,  
Aquéllos goces y encantos  
Más sabrosa que la miel.  
Opiniones tan contrarias  
Sobre la misma materia  
Me hace ver que es algo seria,  
Diego amigo, esta cuestión.  
Explícame, tú, si puedes,  
Es decir pensando un poco  
Quién es el cuerdo o el loco;  
¿El dichoso o el llorón?  
Recapacita te ruego  
(Como sobre un pergamino  
Con tu prudencia y tino)  
Antes de dar tu opinión.

Sin demora respondió Barros Arana. Con el título *A mi amigo Manuel Blanco Cuartín, en contestación a su epístola poética intitulada "La Vida"*, le escribió:

Ya que tu musa maldita  
Me ha puesto en el duro aprieto  
De estar al metro sujeto  
Al darte contestación;  
A tu epístola chistosa  
Sobre lo que es esta vida,  
Aunque taches de atrevida,  
Yo te expondré mi opinión.  
En esta comedia humana  
Siempre el necio es el que llora:  
Vale más reírse a toda hora

Y despreciar el latín  
Que *stultus* llama al que ríe.  
Vivir formal es resabio  
Del que aparenta ser sabio  
Sin saber más que un rocín.

El más feliz es ese hombre  
Que no conoce pesares,  
Y que cruzando estos mares  
No lo abandona el reír:  
Ese a quien nada le aflige,  
Ni dolor, ni sentimiento,  
Y pasa siempre contento,  
Sabe dichoso vivir.

Si este mundo es defectuoso,  
Tiene de bueno un costado:  
Escojamos el buen lado  
Y burlemos el dolor.  
Querer torcerlo es capricho  
De algún pobre mentecato  
Que se devana insensato  
En busca de otro mejor.

Con lucidez explicaste  
Las miserias de esta vida;  
¿Y quieres que no te pida  
Tu buena cooperación?  
Pues sábetelo que *El Museo*  
Entre los suyos te cuenta,  
Escribe que en vez de renta  
OBTENDRÁS SU APROBACIÓN.

Olvida, Manuel querido,  
Lo que dices del empleo,  
Y escribe para *El Museo*  
Buenos sarcasmos con sal.  
Que si me pongo a hacer versos  
Aunque escribiera primores  
No hallaría suscriptores  
Que pagaran un real.

Y me despido con esto...  
Tú sabes que de poeta  
Dios no me dió la chaveta,  
Ni jota de inspiración.  
Prosa sí, tomo tras tomo

Te escribiré si tú quieres,  
Que las Musas son mujeres...  
Y tú sabes lo que son!...

Poco después dió a luz unos *Epigramas*,  
género al cual fué aficionadísimo. Uno de  
ellos dice:

La encantadora Mercedes  
Tiene sus cosas de gata...!  
Pretende haciendo de beata  
Alcanzar reputación.  
El día entero lo pasa  
Rezándole a San Antonio;  
Mas que la aguante el demonio  
En sonando la oración.

El otro:

No se harta de disertar  
El doctor don Ceferino:  
¿Quién le aclare ha de faltar  
Que bien se pueden aunar  
Académico y pollino?

El último, dedicado *A un mal poeta que  
comenzó la traducción del "Infierno" del  
Dante*, reza como sigue:

Cuando llegues al infierno  
Con tu mala traducción  
Deja en él tu pretensión;  
Que merece el fuego eterno  
Esa infame producción.

Tales son los versos. Hacía tres años que  
había abandonado el Instituto Nacional, don-  
de, en el trance de la adolescencia a la ju-  
ventud, había comenzado a escribirlos. No  
merecen que los comentemos. A Blanco  
Cuartín ya se lo había dicho:

Tú sabes que de poeta  
Dios no me dió la chaveta,  
Ni jota de inspiración.

No volvió más a publicar versos con su  
firma.

*Traductor de novelas históricas.*—El es-  
tudiante del Instituto Nacional, lector de no-  
velas y de estudios históricos en las horas  
que dejábanle libre las consagradas a la en-  
señanza, había comenzado a trabajar en  
1847 en la traducción de una novela, asocia-  
do con su hermano José. Era de Alejandro  
Dumas. Las novelas de este autor, el Ariosto

del romanticismo francés, como lo ha llamado Jorge Brandes, habían irrumpido en Chile, dispersándolas por todos los ámbitos desde Valparaíso, la imprenta de un infatigable editor, quien las lanzó en la misma cantidad industrial en que su autor las produjo literariamente. En ese año de 1848, había publicado cuatro suyas. Primero habían visto la luz en los folletines del diario *El Mercurio*. Estas eran: *Los cuarenta y cinco. Novela histórica*, en tres volúmenes, en 8.º; *La dama de Monsoreau*, traducida del francés al castellano por Nemesio Fernández Cuesta, en dos volúmenes, en 8.º; *Las dos Dianas*, en tres volúmenes, en 8.º, y, finalmente, *La guerra de las mujeres*, en dos volúmenes, en 12.º Todas reimpressiones de ediciones españolas. El éxito de librería que el editor alcanzó con estas obras, tratándose de Chile donde el placer de la lectura era bien escaso todavía, fué un acontecimiento. En la juventud, Dumas había despertado un apasionado y delirante interés. Era el del novelista "un talento turbulento e inmediato, un temperamento gigantesco que había manifestado en la literatura —como lo juzga Brandes— disposiciones hercúleas como su padre en las guerras de la República. Durante cuarenta años escribió sin pausa, tragedias, dramas, novelas, cuentos, descripciones de viaje y memorias. Sería un absurdo burlarse de tan extraordinario don imaginativo, de una fecundidad tan increíble. En sus escritos se advierte la sangre francesa-africana, algo del despreocupado sentido criollo y algo del sensual ardor de la raza negra. Con ayuda de múltiples colaboradores, muy sometidos a él, llenó con productos de su espíritu los escenarios de los teatros, los estantes de las librerías y los folletines de los periódicos. Las máquinas de las imprentas crujieron y gimieron para poder mantener el ritmo con su fuerza de producción. Debe lamentarse el sentido ligero del mundano que no le permitió llegar a ningún desarrollo. Sólo en su primera juventud fué artista. En la época romántica comenzó como romántico. En una

época industrial, fué industrial". Pero en el escritor todos los defectos eran nada y se los llevaba la fuerza de las condiciones inverosímiles del narrador, en primer término. En segundo lugar, el poderoso narrador, conocía como nadie la fascinación que en el lector ejercía el diálogo. Donde quiso lo introdujo para aligerar el relato que intuitivamente comprendió débil y lleno de observaciones superficiales. Con el diálogo, de una sencillez encantadora, se defendía y cautivaba a los lectores. Además, supo evocar el pasado y darle un color que sus personajes, más que las cosas, mantienen con mucho realce.

"*El Caballero de Harmental*" de Dumas.— Por esos días de 1847, Barros Arana habíase convertido en lector de Dumas. No sólo devoraba las novelas que en castellano publicaba Santos Tornero en la imprenta de *El Mercurio* de Valparaíso, sino que le soliciaba las ediciones francesas que aún no habían sido traducidas. Con Tornero tenía Barros Arana un poderoso elemento de influencia en su padre. Por este medio llegó a sus manos la novela *El Caballero de Harmental*, publicada en 1843, primero como folletín del diario *Le Siècle* de París. Dumas hasta que se editó esta obra había escrito seis novelas. Un día Gerardo de Nerval le envió a su casa un profesor que conocía bien la historia. La frecuentaba en esos rincones íntimos de los archivos que dan tantas sorpresas y caracterizan con tanto relieve los hombres, los hechos, las cosas y las circunstancias. El profesor se llamaba Augusto Maquet. Era hombre de ideas, sabía idiomas y era un gran lector. Además, escribía novelas históricas. En manos de Dumas puso la última que había compuesto. Aburrido del mal éxito de sus otras novelas, quiso conocer la opinión del autor del drama histórico *Henri III et sa cour*. Maquet había dado a su relato el título de *El bueno de Buval o la conspiración de Cellemare*. Este hecho histórico ocurrido después de la muerte de Luis XIV, contenía una intriga apasionante. En la novelación de Maquet, era pe-

sado, sin movimiento. Los caracteres de los personajes de altísimo relieve, se perdían. El asunto interesó a Dumàs inmediatamente. El manuscrito de Maquet fué transformado a la manera como el escritor entendía relatar un episodio y de él resultó la novela *El Caballero de Harmental* en dos volúmenes. Maquet recibió mil doscientos francos. La novela tuvo de inmediato varias ediciones, y Dumàs decía que era la más divertida que había escrito.

Barros Arana se propuso traducirla. Asoció a la empresa a su hermano José, dos años menor que él, nacido en 1832. Una suerte infausta persiguió a este joven dotado de las más brillantes cualidades. Fué un alumno notable en el Instituto Nacional, de clarísima inteligencia y de un amor sin límites por la lectura. Su padre le consideraba más capaz que Barros Arana, más profundo en los conocimientos y con mayores aptitudes para el estudio. El mismo juicio tenía el hermano. Lo estimó como el prodigio de la familia. “Mientras ninguno de los míos imaginaba que yo pudiese ser algo en la vida —le dijo en una conversación íntima a su sobrino-nieto Carlos Orrego Barros—, todos estábamos seguros de que Pepe sería un grande hombre que prestaría muchos servicios a la patria”. Ilusión que muy pronto quedó desvanecida. José Barros Arana fué atacado de una tuberculosis violenta y falleció a los diez y ocho años, el 5 de octubre de 1850.

El francés lo dominaba cabalmente, y por eso Barros Arana quiso emprender con él la traducción de la novela de Dumàs. Hubo un momento en que ésta corrió sólo a cargo de José. Por una carta suya de 5 de junio de 1848 escrita desde Pudahuel a su hermano Diego, que se encontraba en Santiago, sabemos que se ocupaba en este trabajo. Le dice: —“Querido hermano: ¡con que es tal tu vida que se han hecho raros, raros en ella esos momentos de grato ocio que consagramos a los recuerdos de lo pasado y a las comunicaciones amistosas! Lisonjeábame no poco la esperanza de que yo entraría como parte in-

dispensable en tan interesantes confidencias y de que cartas tan tiernas y correctas como todas las que de tu fecunda mano salieron, me traerían el retrato vivo de tu alma, y el cuadro animado y pintoresco de las encontradas pasiones que se la disputan. Figurábase que iba a ver en ellas a Cupido mismo arrebatándote adormecido del regazo de las musas para tener él también la gloria de avasallarte, y creía verte a veces arrastrado, por un impulso quijotesco a la liza política, a donde entrabas solícito para enderezar al tuerto Vial —(el Ministro del Interior, enemigo de su padre). Grande y muy grande ha sido mi sorpresa y sentimiento al ver que sin duda por tus ocupaciones, sólo me llega de ti una escasa cuartilla de un pliego que por lo menos debías llenar, y en ella más de un renglón en que dejas libre campar tu fantasía, cuando más una chispa extraviada y prófuga de tan espléndido foco... En cuanto a la traducción, te diré que Martina —(su hermana)— me escribe una carta en que mi Tatita —(su padre)— y mi *mama* Mercedes me prohíben que la continúe, porque pudiera hacerme mal. ¡Deplorable fatalidad que persigue a Javier —(el recadero del fundo)— que no le permite ni aun decir nada que la razón pueda aprobar! En cuanto a esto espero saber qué partido tomas. En segundo lugar, te digo que sólo llevo escrito cinco pliegos, de los cuales te mando cuatro. Hay en ellos algunos puntos que van marcados con una cruz y en cuya traducción tengo poco confianza”. En la postdata, le agregaba: —“Más prudente me parece ahora que *Benavides* —(su futuro estudio histórico)— te deja en paz, te hagas cargo de concluir la traducción”.

Así lo hizo Barros Arana. La revisó hasta completarla y dejarla en condiciones de ser entregada a las prensas. La publicación fué convenida con Santos Tornero, el propietario de *El Mercurio* de Valparaíso. Este diario había pasado a manos de este hábil librero, de origen español, que desde entonces convirtiéndose en editor, por la compra que de

la imprenta había hecho a un compatriota suyo, Manuel Rivadeneyra, fundador en Chile del arte tipográfico y cuyo nombre después se hizo célebre con la publicación de la monumental *Biblioteca de Autores Españoles*, editada en Madrid. Tornero tenía con el padre de Barros Arana algunas relaciones comerciales, derivadas de la venta de libros que se hacían en su almacén, según lo atestigua alguna correspondencia. Esta circunstancia fué la que le permitió a los hermanos Barros Arana, publicar en los folletines de *El Mercurio* la novela de Dumás, *El Caballero de Harmental*. Allí apareció en el número 6,187 de 9 de junio y concluyó de publicarse en el número 6,276 de 22 de septiembre de 1848, con algunas interrupciones, en el curso de ella.

La primera edición castellana había sido publicada en Madrid en 1846. La chilena de Valparaíso, hecha a base de la composición tipográfica del diario *El Mercurio*, fué editada en 4 volúmenes, en 12.º, con este título: —“*El Caballero de Harmental*”, *novela histórica por Alejandro Dumas, autor de “La guerra de las mujeres”, “La hija del Regente”, etc. Traducida para “El Mercurio” por un joven chileno y seguida de un Ensayo Histórico sobre la Regencia del Duque de Orleans, por el traductor. Tomo . . . Imprenta de “El Mercurio”, Valparaíso, calle de la Aduana, números 22 y 24 de junio de 1848.* Los cuatro volúmenes en tamaño 12.º formaban un conjunto de novecientas setenta páginas en tipo apretadísimo. El tomo I era de 222 páginas; el II de 260; el III de 242, y el IV de 246. ¿Son detalles nimios todos éstos? Según el caso en que nos coloquemos. Ninguna importancia tendrían si se tratara de un traductor cualesquiera o de un profesional. Pero uno de los traductores era un muchacho que aún no cumplía los diez y ocho años. Era, además, un estudiante. La traducción demostraba un dominio bastante regular del idioma francés y el castellano era manejado con algún desenfado en una gran parte de la obra. Es curioso: esta soltura de

la propia lengua no será exhibida después en los primeros trabajos originales debidos a la pluma de Barros Arana. Naturalmente, cuando sabemos que en la traducción intervino su hermano José, cabe preguntarse, ¿cuál fué la participación de Diego? Como en toda obra de colaboración literaria es dudosa la determinación. Pero, ¿no hay un cambio sensible en la prosa a partir del tomo segundo? ¿No está entrabada, desde aquí, la agilidad del diálogo? ¿No es más dura y seca la expresión? Casi puede señalarse con exactitud donde comienza este cambio, donde aparece otra mano. La sentimos, la notamos. Barros Arana traductor, se distancia de su hermano José en la ausencia del conocimiento del idioma. Traduce demasiado literalmente.

Así y todo, al iniciarse Barros Arana en la carrera de las letras con una traducción, seguía las normas de la antigua doctrina impuesta por Bello desde el comienzo de su magisterio intelectual en Chile. No se había cansado de recomendar a los jóvenes que se dedicaban a las letras, la conveniencia de leer en su respectiva lengua, los buenos modelos literarios y para alcanzar el dominio del propio idioma, traducirlos como el procedimiento más adecuado para dominar el castellano, y con este ejercicio, captar las bellezas de las imágenes de los grandes escritores. Casi todos los discípulos de Bello y aun aquellos que como Barros Arana recibieron indirectamente su influencia, hicieron suyo el consejo y así se formó una verdadera tradición literaria. Tal fué el caso de los escritores: Salvador Sanfuentes, José Victorino Lastarria, Jacinto Chacón, Floridor Rojas, Hermógenes de Irisarri, Francisco Solano Astaburuaga, Miguel Luis Amunátegui, Guillermo Matta, José Antonio Torres, Manuel Antonio Matta, Manuel Miquel, Guillermo Blest Gana, Manuel Carrasco Albano, Felipe Santiago Matta, Santiago Urzúa, Francisco Bilbao, Santiago Lindsay, Aníbal Pinto, Miguel Crucega Montt, Valentín Magallanes, Manuel Blanco Cuartín y los propios hijos de Bello, Francisco, Juan, Emilio y Carlos.

*El primer ensayo histórico original.*—Sin embargo, Barros Arana al lanzarse en el campo de las letras fué a un mismo tiempo traductor y autor. En este segundo aspecto, operó desde el primer momento como historiador al escribir un complemento histórico para la traducción de la novela de Dumas. Tal fué el estudio sobre la regencia del Duque de Orleans. Apareció en *El Mercurio* de Valparaíso en los números 6,276 y 6,277 de los días 22 y 23 de septiembre de 1848. Publicóse después en un folleto de 26 páginas, en 12.º con este título: —“*Ensayo histórico sobre la Regencia del Duque de Orleans (1715-1723)*”; escrito por un joven chileno para servir de continuación al “*Caballero de Harmental*”, de Alejandro Dumas. Valparaíso. Imprenta de “*El Mercurio*”, calle de la Aduana, números 22 y 24, septiembre de 1848. En un apretadísimo cuadro, perfectamente ordenado en la sucesión de los hechos —característica de todos los escritos del historiador más tarde— Barros Arana narraba la historia de la Francia durante los ocho años que siguieron a la muerte de Luis XIV, hasta que ocurrió la de Felipe Duque de Orleans. Es un período movido, convulso, lleno de dramaticidad. Luis XIV, en sus últimos años, después de más de medio siglo de reinado, casi octogenario, veía llegar su fin sin dejar asegurado el trono. Su hijo, el Gran Delfín, había muerto. Sus nietos, el Duque de Borgoña y el Duque de Berry, también habían sucumbido. El otro nieto, el Duque de Anjou, sostenido por él, ocupaba el trono de España con el nombre de Felipe V y renunciado a los derechos de sucesión de la corona francesa. El bisnieto, el futuro Luis XV, se encontraba en la infancia. Un golpe del destino en su débil vida y la falta de descendencia, obligaría a buscar el sucesor entre los colaterales del Rey. En 1714 y 1715, Luis XIV hizo reconocer por el Parlamento a los dos hijos que había tenido en Mme. de Montespan. Fueron legitimados y obtuvieron los derechos a la sucesión del trono. Eran éstos el Duque de Maine y el Conde de Tolosa. En

su testamento, el Rey dejaba establecido un Consejo de Regencia. Contra su voluntad, ese consejo debía presidirlo, por ser el primer príncipe de la sangre real, su sobrino Felipe, Duque de Orleans, y formar parte de él los hijos legitimados por el Parlamento con derechos a la sucesión del trono. De Felipe tenía Luis XIV muy mala impresión. Había intrigado en España contra Felipe V. Había sido frondista. Gozaba de mala reputación, en concepto del Rey, por sus ideas —las nuevas ideas que Montesquieu y Voltaire habían importado de Inglaterra— y lo tenía —¡cosa curiosa!— por un libertino. Apenas el Duque de Orleans asumió la regencia, anuló el testamento de Luis XIV. Los escándalos y las situaciones políticas difíciles que sufrió la Francia con esta medida, que aceptó el Parlamento, forman parte de la intriga histórica de la novela de Dumas, basada en la conspiración de Cellemare, en la que intervinieron el Duque y la Duquesa de Maine, el Duque de Richelieu, el Conde de Polignac y muchos otros altos personajes de la nobleza francesa y aun de la española, comprometida a través del Cardenal Alberoni. El historiador chileno de la Regencia destaca en sus páginas el contraste que representó el Duque de Orleans con la política de Luis XIV. Apenas el difunto rey había sido llevado solo, sin pompa y maldecido por la muchedumbre a la iglesia de San Dionisio, cayeron todas las barreras que había establecido. La vida del regente, sus costumbres, su política, sus ideas, su manera de ser, todo dejó ver, desde ese día, que nada de común había entre el reinado anterior y el que se iniciaba.

Barros Arana presentó el cuadro de esa época con sencillez en sus líneas generales, dentro de un plan perfectamente ordenado. En la introducción escribió: ...“muchos novelistas imitando a Sir Walter Scott, que con tan buen éxito ha dado impulso a la novela histórica presentando períodos enteros de la historia de Inglaterra y Escocia bajo la corteza del más hermoso y moral romance, han

ensayado su ingenio en dibujar esta época en interesantes novelas. Nuestra prensa se ha ocupado en la impresión de tres de ellas, no se diga las tres mejores, esto es *La Circacianna*, por M. A. de Lavergue, *La hija del Regente* por M. A. Dumas y la presente del mismo autor. Esta circunstancia, unida a la curiosidad que la novela histórica nos deja por conocer lo que es verdad o ficción en un argumento que naturalmente nos interesa, es lo que me ha hecho emprender este trabajo que el público sabrá apreciar en su justo valor. Hubiera agradado más, estoy seguro, la traducción de algún buen escritor, pero encontré para ello los siguientes obstáculos. La traducción de un escritor de alguna historia general de Francia era imposible hacerla porque incesantemente está haciendo relación a los acontecimientos anteriores; la de una historia particular de la época sería demasiado larga y detendría al lector en digresiones que no tendría para él interés alguno y del todo extrañas a los acontecimientos sobre que versa la novela. No quedaba otro remedio sino que yo mismo emprendiese este trabajo después de haber estudiado con sobrada detención a los historiadores que mejor han escrito sobre esta época, como Voltaire, Marmont, Lementey, Anquetil, Capefigue y otros; poner entonces en mi trabajo los acontecimientos verdaderos de que se hacía mención en la novela, y otros que demasiado se saben, ahorrando a los lectores el trabajo de leerlos en las historias en que, aunque se hallan bien tratados, están confundidos con otros cuyo conocimiento es superfluo e inútil, y esto es lo que he hecho". Como información complementaria de la novela de Dumas, el estudio del joven historiador llena su objeto y evidencia un conocimiento bastante amplio de la historia francesa en un muchacho, estudiante aún, que no había alcanzado los veinte años. Dividió el *Ensayo* en cuatro partes: I. La organización de la Regencia; II. La política de la Regencia; III. Law y su sistema económico y últimos tiempos de la Regencia, y IV. Conclusión. En este último

párrafo, Barros Arana siguió muy de cerca las conclusiones que el estudio de la Regencia de Felipe de Orleans había merecido a Michelet en el *Compendio de la Historia Moderna*, que ese año de 1848 había comenzado a circular en Santiago traducido por Juan Bello. Pero el método de la exposición, que es sin duda excelente, no está de acuerdo con el estilo del autor. Difícilmente se encontrará otro escritor chileno de este tiempo que en más pobres condiciones literarias se halla presentado al público. La redacción es lastimosa. Constituye un sufrimiento seguirlo en su frase descuidada y torpe. Es desesperante la ninguna consideración que tiene para con su lengua. Escribe bajo la influencia del giro y de la construcción francesas. Mediante un esfuerzo constante, siempre muy intenso, su frase toma forma y se acomoda a la pretensión de ser sencilla. Pero esta sencillez es afectada, porque no germina espontáneamente. Barros Arana la buscó para escribir en castellano lo que debió hacer en francés. Su lengua de este modo es bárbaramente maltratada. Como elemento de juicio para apreciar las aptitudes de Barros Arana como escritor, lo natural y espontáneo que en él había, el *Ensayo* es un documento precioso. Escasas, casi nulas eran sus aptitudes de escritor.

"*Piquillo Aliaga*" de Eugenio Scribe.—Casi un mes antes de haber aparecido en el diario *El Mercurio* de Valparaíso la traducción de *El Caballero de Harmental* en junio de 1848, Barros Arana, en compañía de su hermano José, había publicado, en mayo, la versión de otra novela que no fué insertada en los folletines de ese periódico y que circuló también sin el nombre de los traductores. Era ésta la única novela histórica que escribió el fecundísimo autor dramático francés Eugenio Scribe. En lo histórico, era arbitraria e inverosímil, como fueron casi siempre las del género que produjo el romanticismo en aquel país, donde la imitación de Walter Scott degeneró en libros de caballería, o bien, como en este caso, por el tema español del

asunto, en novela picaresca, pero de un interés tan apasionante y sostenido que su publicación convirtióse en un éxito literario y en un espléndido negocio de librería, no obstante las injurias a la representación de la época. Publicada en París en 1847, en varios volúmenes, Scribe había aprovechado para el relato el suceso verdaderamente trágico a que había dado lugar el fanatismo religioso católico de los tiempos de Felipe III, al decretarse en España la expulsión de los moros, y de ese penoso y bárbaro acontecimiento, tejido una intriga animadísima cuyos héroes principales fueron el confesor del Rey, fray Luis Aliaga, que en la novela figura como Piquillo Aliaga, y los moros Aija, Yezid y Pedralvi.

En enero de 1848, José Barros Arana había comenzado la traducción. "El papel en que te escribo —le decía a su hermano Diego— es del último que me quedaba, gastado en perjuicio de la traducción del *Piquillo*. En cuanto a ella, te digo francamente que no me inspira confianza, pues hay en la obra puntos difíciles y no poco frecuentes. Así, cuando lleve escritos unos seis pliegos, te los mandaré para que los presentes a (Juan María) Gutiérrez, a fin de que te diga si merece publicarse, pues mucho me temo trabajar en vano". Sin duda, el escritor argentino autorizó con su consejo la traducción, porque ella era anunciada en *El Mercurio*. El 31 de mayo de 1848, en el número 6,179 decía que "habiéndose publicado todo lo referente a la novela de Dumás *Los cuarenta y cinco*, no desagradaría a los suscriptores de la *Biblioteca de Amena Literatura* que se diera a luz la novela que en 1847 se había publicado en Francia con un éxito extraordinario y merecido muchos elogios de la prensa. Esta novela se intitula *Piquillo Aliaga o los moros en tiempo de Felipe III*, por Eugenio Scribe". El 21 de junio en otro aviso, se expresaba que "el *Piquillo Aliaga* se entrega todos los sábados en cuadernillos de 80 páginas en 8.º mayor". La obra apareció en tres volúmenes como parte de la *Biblioteca de Amena Literatura* que editaba la Li-

brería del Mercurio. El título copiado exactamente era el siguiente: —"*Piquillo Aliaga, Los Moros en tiempo de Felipe III*". Por Eugenio Scribe. Tomo ... Valparaíso: Imprenta del Mercurio, calle de la Aduana, 22 y 24 ... 1848. En mayo, se dió a luz el tomo I con 312 páginas; en junio, apareció el II con 360, y en julio, el III con 462. En total 1,134 páginas. Como en el caso de *El Caballero de Harmental*, cabe preguntarse, frente a esta la primera traducción, emprendida por los dos hermanos, ¿cuál fué la participación del joven Diego? En una y otra empresa fué su hermano José quien tomó la iniciativa. ¿Era el más preparado en el arte de traducir? Si hemos de juzgar por los resultados de sus exámenes de francés en el Instituto Nacional, en los que alcanzó altas distinciones, hay que suponerlo dotado de excelentes aptitudes. No así Barros Arana. Si consideramos el testimonio de lo que arrojan sus promociones en este mismo idioma, la situación es menos distinguida. Recordemos que el 10 de diciembre de 1845, en el examen de primer año de francés, fué aprobado, y que el 16 de noviembre de 1846, al rendir el final de este idioma, obtuvo aprobación unánime. Por otra parte, mientras en la versión de *El Caballero de Harmental* es posible distinguir dos traductores, en el *Piquillo Aliaga* sólo aparece uno. Esta es la impresión que deja la lectura. Es una traducción correcta, en la cual aparecen expresiones propias españolas, de un uso poco frecuente entre nosotros y que responden a la época en que se desarrolla el relato. La atribución de ser las dos novelas traducción de Barros Arana, fué hecha al bibliógrafo Víctor M. Chiappa por otro tan competente como Luis Montt. Le expresó que le constaba eran obra del historiador. Debemos remitir esta información hacia 1906, por lo menos. Muchos antes, en 1866, Vicuña Mackenna había dicho: "Hasta entonces (1849) sólo había publicado en los folletines de los diarios algunas traducciones de novelas francesas, tarea en que lo acompañaba un hermano menor, don José Barros, muerto a los

diez y ocho años, sepultando en su niñez una esperanza". Del propio Barros Arana no poseemos ninguna declaración. Sólo ahora, mediante los documentos que hemos dado a conocer por primera vez, es posible saber que en el caso del *Piquillo Aliaga* y en el de *El Caballero de Harmental*, fué José Barros quien inició las traducciones. La primera posiblemente la condujo hasta su término. Barros Arana debió haber tenido en esta traducción muy escasa participación. En la segunda, en la del *Caballero de Harmental*, es visible y palpable a nuestro juicio la obra de su pluma.

"*Historia de treinta horas*".—En la misma *Biblioteca de Amena Literatura*, se publicó otra traducción de Barros Arana, según explícita atribución de Luis Montt. Se intitula: —"*Historia de Treinta Horas o Revolución de febrero de 1848*", escrita en francés por *Pierre et Paul*. Traducida al castellano de la segunda edición por *D. M. y P. Valparaíso*. Imprenta del Mercurio. Calle de la Aduana, números 22 y 24. Diciembre de 1848. Forma un folleto en 4.º menor de 91 páginas. Las iniciales que se encuentran en la portada —D. M. y P.— se alteran en la página de *El traductor a sus lectores*, quien firma con las siguientes: —M. D. y P. ¿Error de imprenta? ¿Deliberada alteración? En el prólogo se dice: —"Una feliz casualidad trajo a mis manos el original francés de esta obrita, y desde luego formé el proyecto de traducirla a nuestro idioma como la obra más a propósito para dar una exacta idea del triunfo de la república francesa sobre el trono de Luis Felipe en la importante revolución de febrero. El público, mejor que yo, juzgará del valor intrínseco de la obrita que le ofrezco; básteme decir que aunque publicada bajo un seudónimo, creo sea trabajo de alguna notabilidad a juzgar por su estilo puro y por

su bien dirigido republicanismo. La Francia literaria ha recompensado a su autor con el agotamiento de dos ediciones que en menos de un mes se han hecho". Firma: *M. D. y P.*

Crónica movida, casi diaria, de los hechos políticos que determinaron la caída de Luis Felipe en un movimiento incontenible de la opinión pública contra un régimen incapaz, ella ilustra sobre los acontecimientos del momento, pero no alcanza a mostrar las consecuencias a donde llevarían los sucesos. La traducción —de cualesquiera de los dos hermanos a quienes se la adjudiquemos, o bien la supongamos debida a una mutua y estrecha colaboración— es limpia, fácil, animada y conserva la espiritualidad del original que le dió su autor. Es en esta cualidad y en la penetración bastante intencionada como profunda de los hombres, en lo que reside el mérito y valor de la *Historia de treinta horas*. Antes de editársele en un pequeño librito, había sido publicada como folletín de *El Mercurio* del 14 al 20 de diciembre de 1848, en los números comprendidos desde el 6,347 al 6,352.

*En París en 1860 y la traducción de la novela de Dumas*.—En 1860, Barros Arana se encontraba en París. Allí tuvo la satisfacción de ver impresa por la Librería de Rosa y Bouret una edición en dos volúmenes de *El Caballero de Harmental*. El tomo primero había aparecido ese año; el segundo, en 1861. La traducción era anónima. Doce años antes, Barros Arana había iniciado su vida literaria con la versión de esta novela de Dumas, que ahora el historiador encontraba de actualidad en esa ciudad para el mundo de la lengua castellana. Grande debió ser su satisfacción ante este hecho evocador de su primera jornada literaria.

(Continuará)